

al pecado. ¡Con cuánta indignación lo castiga dondequiera que lo encuentra! En los ángeles, en Adán y en su posteridad, en la misma persona de su divino Hijo, aunque Éste no tuviese sino las apariencias de pecador. Consideremos seriamente estos dos extremos: el Calvario y el infierno: todo un Dios que muere por el pecador, y el pecador que no obstante se condena.

### MEDITACIÓN XXX

*El pecado mortal en el sacerdote reviste*

- I. Una malicia más inexcusable.
- II. Una ingratitud más odiosa.
- III. Una perfidia más horrible.

Los mismos preludios que en la meditación precedente.

#### PUNTO I

*Malicia más inexcusable*

Nunca hay motivo ni excusa para ofender á Dios. Siendo infinitamente bueno y además Criador y Redentor nuestro, tiene derecho estricto á nuestra sumisión y obediencia.

Hay sin embargo, dos circunstancias que en los pecadores del siglo atenúan la malicia del pecado, á saber: la ignorancia y la debilidad, obediendo ambas por regla general á la falta de luz y de fuerzas. La falta de luz. Esto puede acontecer en los que andan engolfados en los negocios del mundo, y que apenas han tenido la instrucción necesaria, ni les queda tiempo para dedicarse con asiduidad á los ejercicios espirituales. En ese cúmulo de asuntos, en esas tinieblas, muy difícil es ¡oh Dios mio! conocer las maravillas de vuestro poder, la severidad de vuestra justicia y los encantos de vuestras infinitas perfecciones (1). Falta de fuerzas. Porque acuden muy de tarde en

(1) *Nunquid cognoscentur in tenebris mirabilia tua?* (Ps. LXXXVII, 13.)

tarde á los manantiales de la gracia, que son la oración y los Sacramentos. La multitud de sus quehaceres y el mucho tiempo que en ellos emplean los ocupa demasiado y engendra en sus corazones el descuido y la tibieza; pero por lo que toca á esto ¿qué le falta al sacerdote? Antes y después de su consagración ha oído tantas exhortaciones, ha leído tantos y tan buenos libros, ha debido hacer tantas reflexiones.... y si á esto añadimos el estudio de la Sagrada Teología y de la Moral.... ¿le faltarán luces y conocimientos al que está destinado para ser la antorcha que debe iluminar al mundo? *Vos estis lux mundi!* ¿Podrá ignorar la ley el que debe predicarla y ser su intérprete?.... No: que no pertenece á aquella clase de pecadores por quienes oró Jesús al morir: *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt* (1). Verdugo mucho más cruel que aquellos que crucificaron al Salvador es el sacerdote pecador; pues sabe muy bien lo que hace, y tiene mayor malicia que ellos: cuando peca, cuando le crucifica, no es ciertamente por ignorancia.

¿Le faltará acaso la fuerza espiritual al que de tantos auxilios puede disponer para desterrar de sí la debilidad y flaqueza? La vida del sacerdote no es sino una cadena de gracias: todo, hasta el traje que lleva, le recuerda que debe mantener viva su fe; la oración ha de ser su ejercicio habitual, y la santa Misa.... el tremendo sacrificio de la Misa, la fuente viva de todas las gracias. ¿Cómo pues, podrá tenerse por débil el que vive tan íntimamente unido al que es Todopoderoso? Fuerza y luz, todo le asiste y le protege. Luego no peca sino porque voluntariamente quiere pecar con una malicia inconcebible.

#### PUNTO II

*Ingratitud más odiosa*

Si Dios es infinitamente bueno para el hombre; si su bondad es casi excesiva para con el cristiano,

(1) Luc., XXIII, 34.

según expresión de San Pablo (1), no puede menos de decirse que excede á toda ponderación para con el buen sacerdote. «Encerrado me hallaba todavía en el seno de mi madre, y ya desde entonces me separaba (2) de los demás para ser el objeto privilegiado de sus favores especiales. Desde entonces me eligió para revelar en mí y por mí la misericordia de su Hijo, destinándome al nobilísimo ministerio de anunciarlo á los pueblos y á las naciones....» Y esta gracia de mi primera vocación fué el origen de tantas otras que después se siguieron. ¡Qué de cuidados en mi educación eclesiástica, cuyo término ha sido elevarme á una dignidad más alta que la de los reyes, de investirme de un poder superior al de los ángeles! Y desde que soy sacerdote, el Hijo de Dios no ha dejado un solo día de comunicarme todos los bienes posibles, pues hasta se me ha dado á sí mismo.

Pero en cambio de un amor tan grande.... ¿qué correspondencia debía el Señor esperar de mí?.... ¡Ah, cuán cierto es que las llagas más profundas y horribles que se hacen al Corazón de nuestro señor Jesucristo las recibe de las sacrílegas manos de sus sacerdotes! Triste lamento que ya exhalaba muchos siglos antes por uno de sus Profetas: *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique*; porque, si mi enemigo me hubiera maldecido, hubiéralo por cierto, aguantado. De parte de un enemigo nada malo hay que no deba esperarse; pero.... ¿que seáis vosotros los que más me aflijáis!.... *Tu vero*, tú, á quien he colmado de tantos favores; tú, ministro mío, confidente de mis penas, otro yo mismo, *homo unanimes!*.... ¿Quién me defenderá si mis sacerdotes me persiguen? ¿quién estará en mi favor si mis amigos están contra mí?.... ¿Quién cuidará de mi gloria si ellos así me ultrajan?....

PUNTO II

(1) *Propter nimiam charitatem.* (Eph., II, 4).

(2) *Separavi vos a ceteris.* (Levit., xx, 24).

PUNTO III

Perfidia más horrible

El no tener cuenta alguna de las obligaciones que libremente se han contraído, el hacer traición á su fe, combatir la causa y los intereses que se han jurado defender, es mostrarse verdaderamente pérfido; pero esa perfidia llega al colmo de la maldad, es la perfidia más horrible y negra cuando se la oculta bajo el velo de la amistad. Horrible carácter casi inseparable del pecado de los sacerdotes, sobre todo, cuando ha llegado á ser un hábito. No se nos forzó á venir al pie de los altares del Señor á protestar que El sería la única porción de nuestra herencia: *Domini pars hereditatis meae*; que preferíamos la honra de servirle á todas las ventajas que el mundo podría presentarnos; libremente nos hemos obligado por un voto perpetuo á la continencia virginal.... Pues bien: de este voto, de estas promesas tan solemnes, tantas veces renovadas, ¿qué uso hace el sacerdote prevaricador?.... Lo desprecia como desprecia al mismo Dios, tres veces Santo, ante quien y á quien las ha hecho.... *ipsi autem spreverunt me.*

¡Oh Dios mío! Fué preciso el que me consagrarse á Vos enteramente para profanar de una manera tan sacrílega todo mi sér, ultrajándoos tan pérfidamente? ¿Prometí acaso la más inviolable fidelidad para haceros más amargo el desprecio que había de hacer de mis juramentos? Sí, Dios mío, ya oigo, la queja que me dais, queja bien merecida: *Quid est, quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa?*.... ¿Cuál es pues, la causa de una conducta tan opuesta á toda justicia y razón? *Quid est?* ¿De qué te quejas? ¿Por ventura del exceso de mi bondad? ¿acaso del amor que te tengo? ¿ha sido este el motivo de que te levantes contra mí? *Dilectus meus?* ¿No has temido ultrajarme, y tantas veces en mi propia casa, en el templo, revestido quizá de mi librea! *In domo mea fecit scelera multa!*....

¡Oh Dios y Señor mío! Vedme aquí á vuestros pies

todo turbado confesando mi delito; pero manifestad también vuestra misericordia. Vos Señor, habéis dicho que aun cuando un alma se volviese por sus iniquidades roja como la grana, la volveríais blanca como la nieve. Acordaos pues, de vuestras palabras que son la única esperanza de vuestro siervo (1). ¿Cómo permitiréis, Señor, se diga que un pecador puso sinceramente en Vos su confianza y fué confundido.... que creyendo arrojarle en los brazos de tierno y bondadoso Padre, de su Salvador adorable, cayó bajo el poder de un enemigo implacable que había de perderlo para siempre? No, jamás; nunca podrá decirse tal cosa; y si el pecador impenitente puede, aunque en vano, lisonjearse con la esperanza de librarse de vuestra justísima venganza, Vos Señor, seréis siempre fiel á vuestras promesas en favor del corazón contrito y humillado. Hé aquí un deliciente que se arroja á vuestros pies, implorando vuestra gracia.... Aceptad, Señor, su dolor; no os pide alivio alguno, ni que mitiguéis tampoco los sentimientos de amargura que en este instante despedaza su afligido pecho.... quebrantad más todavía este corazón ingrato, traspasado de un vivísimo dolor.... pero luego hacedle oír una palabra de paz y de perdón: venid, Vos mismo, en el sacramento de vuestro amor á decir á mi alma que Vos, Señor, sois mi salud. Entonces seré feliz.... y haréis á mi alma saltar de alegría, y en los trasportes de su agradecimiento bendecirá á su Dios, que la ha salvado: *Dic animæ meæ salus tua ego sum.... anima mea exultabit in Domino et delectabitur super salutari suo* (2).

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Malicia más inexcusable.* Nunca hay motivos para ofender á Dios; pero, por lo que hace al sacerdote pecador es mucho más inexcusable por haber recibido

(1) *Memor esto verbi tui seruo tuo, in quo mihi spem dedisti.* (Ps. CXVIII, 49).

(2) Ps. XXXIV.

más luces y auxilios para defenderse contra la tentación: no puede de ningún modo alegar por pretexto la ignorancia y la debilidad. Con más razón que de ningún otro podemos decir de él que peca porque quiere.

PUNTO SEGUNDO.—*Ingratitud más odiosa.* El sacerdote ha recibido más, por lo cual debe ser mayor su agradecimiento. ¡Por desgracia es verdad que las más hondas heridas que se infieren al corazón de Jesús las recibe de las manos de sus amigos! *Si inimicus meus maledixisset mihi....*

PUNTO TERCERO.—*Perfidia más detestable.* Espontáneamente hice á Dios el sacrificio de mi libertad y me impuse el deber de seguir á mi Salvador más de cerca que los demás fieles.... Ahora bien ¿por ventura me uní más íntimamente á El para hacerle más sensibles los desprecios con que le he de ultrajar? ¡Ah, Dios mío! aborrezco mis crímenes y, Vos Señor, extended sobre mí el manto de vuestra infinita misericordia y no retiréis la promesa que habéis hecho de otorgar el perdón al que está arrepentido: en esto se funda toda mi esperanza.

#### MEDITACIÓN XXXI

*El pecado mortal en el sacerdote. Efectos que en él produce*

- I. De qué estado le priva.
- II. En qué abismo le precipita.

Aunque pueden aplicarse en general á cualquier pecador las palabras que dijo Dios á Caín, parece que se refieren de un modo especial al sacerdote pecador: *Quid fecisti?* (1) ¿Sabes tú en qué abismo te has precipitado?

(1) Gen., IV, 10.

PUNTO I

Qué ha perdido pecando

La amistad del Señor.—¡Ah, si os fuese dado, oh sacerdote, comprender lo que aquella vale! Se han visto cortesanos morir de dolor por haber caído en desgracia del rey, el cual al fin y al cabo no era más que un hombre mortal como ellos. ¿Podrá vivir contento un sacerdote sin la amistad de su Dios? ¿Dónde están aquellos dulces y augustos lazos que le unían á El?..... ¡Ah! se han roto.

La hermosura de su espíritu.—Cuanto mayor era la hermosura de su alma, tanto más horrible es la deformidad que la desfigura. Luzbel es el más horrible de los demonios aunque era el más hermoso de los ángeles. La excelencia de la gracia santificante en un ministro de Jesucristo es proporcionada á la eminencia de su dignidad, á la santidad de su carácter, y á la grandeza de sus funciones..... Mas ¿en qué se ha trocado corona tan espléndida? ¡Ah, no sólo se ha marchitado, sino que de su frente ha caído en el lodo más cenagoso: *Cecidit corona capitis nostri* (1). *Hæcine est urbs perfecti decoris?* (2). *Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus?* (3).

La vida del alma.—¡Ah..... os parece que vivís, mas en realidad estáis muertos..... *Animam tuam, miser, perdidisti; ipse ambulans funus tuum portare cœpisti; et non acriter plangis, non jugiter ingemiscis!* (4).

Los méritos adquiridos.—¡Qué rico tesoro de méritos no acumula para sí un sacerdote, aunque hayan sido muy pocos los días que fué fervoroso! Pues si la gracia habitual eleva á la categoría de sobrenaturales nuestras acciones, aun las más insignificantes y nos hace dignos de las recompensas celestiales ¡de cuántos méritos os habréis enriquecido

- (1) Thren., V, 16.
- (2) Thren., II, 15.
- (3) Thren., IV, 1.
- (4) San Cipriano.

para la eternidad feliz con tantas obras buenas y tan santas que, desde largo tiempo tal vez llenaban los momentos de vuestra vida! ¡Ay miserable, demasiado habéis vivido! Si hubieseis muerto un momento antes de vuestra caída..... ¿dónde estarías ahora? Y si murieseis ahora..... ¿cuál sería vuestra morada por toda la eternidad?....

¿Qué más? habéis perdido hasta el poder merecer. Porque cualquiera cosa que yo haga, si no estoy en gracia de Dios, no me aprovecha para la vida futura: *Nihil mihi prodest* (1). Aunque brillase por mi talento, y hablase el lenguaje de los ángeles..... si no arde en mí el fuego de la caridad, no sería más que un metal que suena, una campana que tañe, y todavía menos: *Nihil sum*. Mis obras están muertas, porque yo lo estoy también. Es verdad que el árbol está todavía en pie, pero está seco y no fructifica más: le falta la savia.

PUNTO II

En qué abismo se ha precipitado

«El hombre queda esclavo del que le vence:» *A quo quis superatus est, hujus et servus est* (2). «El que comete un pecado se hace esclavo de este pecado: *Qui facit peccatum, servus est peccati*» (3). Ese sacerdote debería tener al demonio debajo de sus pies, pero sucede todo lo contrario, pues es él quien esta bajo los pies del demonio. ¡Ay, que desde el trono se ha precipitado en la cárcel! Su degradación es tan grande como grande era su pasada elevación; porque cuanto más alto es un edificio, tanto más deplorable es su ruina si se desploma: *Grandis dignitas sacerdotum, grandis ruina si peccant* (4). ¿Hay algo más elevado que el Cielo pregunta San Pedro Crisólogo? pues bien, del Cielo cae el que peca siendo sacerdote: *Quid altius*

- (1) I Cor., XIII, 3.
- (2) II Petr., II, 19.
- (3) Joan, VIII, 34.
- (4) San Jerónimo.

*cælo? De cælo cadit, qui in cælestibus delinquit.* ¡Oh sacerdotes, erais iguales á los ángeles! y ahora ¿qué sois? ¡Ay, qué desdicha! Antes teniais por padre y amigo á Dios; ahora vuestro amo es el diablo.

Es sobremanera desconsolador ver á Valeriano convertido después de su derrota en esclavo, ludibrio y víctima del feroz Sapor. A una simple señal de este tirano, cae el príncipe de rodillas, y Sapor monta sobre los hombros de un emperador romano sirviéndole éste de peldaño para subir al coche. Infinitamente mayor es el envilecimiento de un sacerdote pecador, no pudiendo imputar más que á sí mismo su vergüenza y desventura. Él y solamente él se ha buscado la esclavitud..... pero ¡á qué precio!... ¡Hé aquí convertido en esclavo de Lucifer al que fué consagrado sacerdote cabalmente para destruir su imperio! Su nuevo y terrible amo le dice: anda, y él va; haz esto y lo hace. Si le exige lo más indigno que puede cometer no solamente un hombre sino también un cristiano y un sacerdote; si le manda una infamia, un sacrilegio, una larga serie de profanaciones..... ¡Ah, también entonces le obedecerá! El infeliz esclavo arrastra su cadena gimiendo y enfureciéndose consigo mismo; pero sin embargo, la arrastra.

Entre tanto, su conciencia que es á la vez su testigo, juez y verdugo, no le dan un solo momento de tregua. Como testigo le acusa, como juez le condena, como verdugo le atormenta; por manera que así como de un delito se precipita en otro, también de un suplicio pasa á otro suplicio. En el santo tribunal, en el púlpito, en el altar, si reflexiona en lo que dice, en lo que hace, en lo que es, ¡ah Dios mío! ¡qué remordimientos no le desgarran el corazón! Y si no lo piensa, todavía peor..... *O te miserum si hæc sentis; miseriorem si non sentis!* (1). Porque entonces habrá llegado á lo más profundo del abismo, donde ya nada siente. Está adormecido en el letargo del endurecimiento;

(1) San Agustín.

y si desgraciadamente persevera en él hasta la muerte ¿cuál será su despertar?.... (1).

¡Oh Jesús, Sacerdote de los sacerdotes, Pastor de los pastores, tened piedad de mí, *Miserere mei, Deus.* Me presento á Vos, Jesús mío, no como sacerdote sino como pecador, y lo que más me confunde, me presento á Vos como sacerdote y pecador á la vez! Si hubiese sido solamente sacerdote sin ser pecador, tendría derecho á vuestra más íntima amistad: si hubiese sido sólo pecador sin ser sacerdote, podría merecer alguna indulgencia de vuestra misericordia habiendo así abusado menos de vuestros beneficios. Por esto, Dios mío, no invoco vuestra misericordia ordinaria, sino la que es verdaderamente grande, vuestra misericordia infinita: *secundum magnam misericordiam tuam.* Y si no es bastante un solo acto de vuestra misericordia para borrar mis innumerables pecados, imploro, Jesús mío, toda la multitud de vuestras misericordias: *Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam.* ¡Ah! ¡Qué hermosa era mi alma en los días de mi inocencia sacerdotal! Mas hoy, Dios santo ¿en qué estado se hallará! ¿cuántas fealdades hieren la pureza de vuestra mirada! Señor, purificadme, purificadme aún más de mis pecados: *Amplius lava me, ab iniquitate mea, et a peccato meo munda me.* Reconozco que soy indigno de comparecer ante vuestra soberana majestad, pero si Vos me rechazáis, ¿á dónde me refugiaré? Por vuestra bondad inefable, no me rechazéis, Señor, de vuestra presencia: no retiréis de mí vuestro santo espíritu. Él, en este momento, confortándome con la esperanza del perdón, me mueve á que vuelva á Vos: *Ne projecias me a facie tua, et spiritum sanctum tuum ne auferas a me.* Demasiado verdad es, Dios mío, que desde el punto en que me alejé

(1) Al terminar las meditaciones, que como ésta llenan el alma de espanto, puede el espíritu desahogarse dulcemente, como aconseja San Ignacio, parafraseando y considerando algún versículo de los salmos penitenciales: sirva de ejemplo, el que va á continuación.

de Vos, no he experimentado ni un solo instante de felicidad. ¡Qué tristes han sido mis días! Volvedme, Señor, la saludable alegría de la inocencia, y corroborándome con vuestra gracia, no permitáis que el demonio triunfe de mi debilidad en lo porvenir: *Redde mihi lætitiã salutaris tui, et spiritu principali confirma me.* Y si en expiación de mis crímenes exigís el sacrificio de mi vida, aquí la tenéis, os la ofrezco de todo corazón: *Quoniam si voluisses sacrificiũ, dedissem utique;* mas no me pedís sangre, sino lágrimas: *holocaustis non delectaberis:* y no las lágrimas de mis ojos sino de mi corazón: preferís, Señor, un corazón contrito y humillado á todas las maceraciones de la carne: *Sacrificiũ Deo spiritus contribulatus; cor contritum et humiliatum Deus non despicias.* Os mostraré, Dios mío, mi reconocimiento con los trabajos de mi apostolado: oraré, exhortaré y, sobre todo, ensalzaré vuestra misericordia: yo inspiraré á los más grandes pecadores confianza en Vos, enseñándoles los senderos apacibles y suaves que vuestra bondad tiene abiertos para un corazón arrepenido. Les hablaré de vuestra ternura, piedad y clemencia, para que movidos por los atractivos de vuestra misericordia, corran á arrojarse en vuestros brazos: *Docebo iniquos vias tuas et impii ad te convertentur.* Y puesto que el pecado ha profanado sacrilegamente en mi alma la morada que Vos mismo consagrasteis, reedificadla, Dios mío, haciéndola digna de Vos. *Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri Jerusalem.* Subiré entonces al altar, inmolaré el cordero que lava en su Sangre los pecados del mundo, os ofreceré el gran sacrificio que, aplaca vuestra justicia y desarma vuestra cólera: *Tunc acceptabis sacrificiũ justitiæ, oblationes, et holocausta, tunc imponent super altare tuum vitulos.* Así, Señor, aceptaréis mi penitencia unida á la de vuestro Hijo; bendeciréis mi celo, y en unión de los pecadores que atraiga á vuestro amor, os alabaré y glorificaré por todos los siglos de los siglos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.— *¿Qué hemos perdido pecando?* 1.º La amistad de Dios. ¿Hay acaso algo más precioso? 2.º La hermosura de nuestra alma ¡qué detestable llega á ser su fealdad! Lucifer era el más hermoso de los ángeles: por un solo pecado se trocó en el más horrible de los demonios. 3.º Las riquezas de nuestra alma, todos nuestros méritos, todos nuestros derechos á las eternas recompensas. 4.º Hemos perdido hasta el poder adquirir nuevos méritos; el árbol está todavía en pie, pero ya no da frutos: le falta la savia vital. 5.º Por último, hemos perdido la vida de nuestra alma: separada de Dios, está muerta como lo está el cuerpo una vez separado del alma.

PUNTO SEGUNDO.— *¿En qué abismo nos hemos precipitado pecando?* En la esclavitud del demonio, enemigo de Dios. Estando en gracia éramos libres con la libertad de los hijos de Dios; pero, según la expresión de San Pedro, «el hombre se hace esclavo de aquel que lo ha vencido.» Vuestro tirano os dice: marchad y marcháis: haced esto y lo hacéis. Arrastráis la cadena entre gemidos, es verdad, pero al fin, la arrastráis; vuestra conciencia os acusa como testigo, os condena como juez os atormenta como verdugo. El mismo pecado que os ha hecho esclavo de Satanás os hace también enemigo de Dios. ¿Habéis comprendido alguna vez lo que significa tener por contrario á un Dios Todopoderoso lleno de indignación? ¡Ah, qué terror debiera agitaros sin cesar! y si por desgracia estuvieseis tranquilos en este estado, vuestra situación sería infinitamente más lamentable. Prorrumpes, alma mía, de una vez entre sollozos y lágrimas: Dios mío, tened piedad de mí! *miserece mei, Deus.*